

MODELO DE ESPOSAS

POR

LUIS TABOADA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1920 1625 MONTERREY, MEXICO

LUIS TABOADA

Es uno de los escritores modernos más estimados por el gran público de provincias. — Sus chistes son iguales á los chistes de todo el mundo; sus pinturas de costumbres son copias exactas de las escenas más grotescas y más vulgares, pero su estilo corriente y animado tiene un encanto familiar y sincero que salva sus pinturas de la chabacanería. En su género es uno de los más perfectos.

MODELO DE ESPOSAS

— ¡ Ven aquí, Adán, me da vergüenza verte con ese pantalón ! ¿ Dónde te metes ? ¿ Qué haces tú para ensuciarte de esa manera ? ¡ Ay, qué hombre !

— ¡ Pero mujer ! ¿ Cuánto tiempo me va á durar este pantalón ? ¿ No sabes que me lo hice al año 89, cuando fuiste á cantar al salón Romero, á beneficio de los inundados de Mondarria ?

— ¿ Y qué ? Si fueras más cuidadoso te duraría la ropa eternamente, como le pasa á D. Serafín, que se hizo un gabán para ir á ver á Villaverde cuando fué ministro por primera vez y todavía lo tiene intacto. ¡ Aquél si que es un hombre limpio !... Ven aquí, que te quiero ver el forro de ese chaleco... ¡ Jesús ! ¡ Qué destrozo !

— Pues lo tengo así desde el mes de junio, porque siempre te estoy diciendo que me lo cosas y tú no me haces caso. Ya te conté que me lo rompió Martínez el de mi oficina.

— ¿ Y por qué te lo has dejado romper ?

— Yo no voy á oponerme á las costumbres de aquella casa. Ya sabes que Martínez es muy jugue-

tón, y en cuanto llega á la oficina le gusta montarse en los compañeros y hacer gimnasia encima de nosotros. Un día me quiso levantar á pulso y se le ocurrió cogerme por el forro del chaleco. ¿Qué había de hacer yo?

— Corriente: pues te advierto que no vuelvas á salir conmigo á ninguna parte. No quiero ir con un hombre tan sucio y tan mal abandonado y tan soso que oye hablar mal de Bosch y Fustegueras y no se le ocurre defenderle cuando le debemos tantos favores. Ea, yo me voy.

— ¿Te vas?

— Sí, señor. Y á ver si te limpias esa americana con espíritu de vino y te recoses esos flecos del pantalón. Ahí tienes una aguja.

— Pero...

— Lo dicho.

El esposo se queda muy triste, sentado en una silla baja, y la esposa sale á la calle hecha un brazo de mar.

Ella es joven todavía; él pasa de los cincuenta y está enamorado de su esposa á quien tiene por la mujer más inteligente y más bonita del orbe cristiano. Cada vez que ella se pone á cantar, el pobrecito se entusiasma y sin poderse contener entra en la cocina y dice á la doméstica.

— ¿Has oído Juliana?

— ¿Qué?

— ¿No ha llegado hasta aquí la voz de la señorita?

— ¡Ah! si señor, pero yo creí que estaba regañándole á usted.

— No, hija: estaba cantando el bolero de *Los diamantes de la Corona*.

— Pues por los gritos que daba, más bien parecía que estaban ustedes pegándose.

La esposa gasta en trapos y perifollos lo que corra en el ministerio su infeliz marido.

— Mira, Melitón — le dice. — Yo necesito para un gabán de terciopelo como el de la Paca.

— ¿Qué Paca?

— La mujer del diputado provincial que vive en el cuarto interior.

— ¿Y cuánto costará eso?

— No lo sé, pero creo que no llegue á veinte duros.

— ¡Veinte duros!

— ¿Qué? ¿Te parece caro?

— No digo eso.

— Es que creí que ibas á negarme esa friolera. ¡Veinte duros! No parece sino que te exijo dos ó tres mil reales como hacen otras. No tuerzas el gesto, no, que te conozco mucho y sé que estarás criticándome en tu interior; pero te advierto que no sufro desaires y cuando me casé contigo, sacrificando mi juventud y sacrificándolo todo, fué por que me dijiste que no habría de faltarme nada, por que eras íntimo de Romero Robledo... Si no me hubiera casado, á estas horas sería primera tiple, como la Soler di Franco ó como la Pasca, que poseo una voz muy hermosa, aunque me esté mal el decirlo; y si yo no tuviera este modo de pensar tan decente, haría lo que otras, que ponen en ridículo á sus es-

posos, y bien sabes tú que el marqués de Solomillo no me quita los ojos cuando vamos al teatro... Pero yo soy una persona decente; muy decente...

El marido oye todo esto con la cabeza baja y los ojos fijos en la estera. De cuando en cuando suspira y se arranca un fleco del pantalón para que no le regañe su esposa; después dice con acento cariñoso:

— Bueno, Laurita, no te alteres, que yo te daré los veinte duros en cuanto cobre.

— Y no haces nada de más. Soy joven y no parece nada bien que vaya hecha un adefesio. Además todo el mundo sabe que eres reformista y que Romero te distingue con su amistad.

Y fundada en estas razones Laurita gasta sin freno y estrena abrigos y capotas, mientras D. Melitón, su esposo, anda por ahí con una levita que parece de percalina por lo brillante y un sombrero que está pidiendo á voces la jubilación.

Ahora á ella se le ha antojado un vestido de terciopelo para ir á la reunión de las de López, donde quiere cantar el *Aria de las joyas* acompañada al piano por un chico de Plasencia que viene á examinarse en el Conservatorio y á vender de paso una partida de jamones de Montanchez.

D. Melitón ha gastado todo su sueldo del mes en perifollos y cintas para su esposa, pero ella le dice muy enojada:

— ¿No tienes dinero? Pues lo buscas. ¿No tienes un tío que es propietario en Redondela? Pues le escribes diciendo que estás en un apuro y que te mande 300 pesetas.

El infeliz marido anda, sufre, vacila y al fin escribe al tío diciéndole que tiene que hacerse una operación en una pierna donde le ha brotado un tumor y que carece de recursos para pagar al médico. El tío se conmueve y le manda 500 pesetas con las cuales adquiere Laurita su vestido de terciopelo.

D. Melitón regresa de su oficina lleno de gozo. Mira, que cosa tan bonita — le dice su mujer mostrándole el vestido. — ¡Y qué barato! Ochenta y cinco duros, nada más.

— Sí — contestó D. Melitón — es un vestido precioso. Yo también he hecho una compra muy excelente.

Laurita abrió los ojos con cierta expresión de extrañeza.

— ¿Qué es ello? — preguntó sorprendida?

— Esta petaca — dijo D. Melitón presentando a su esposa el objeto adquirido; — ¿sabes cuánto me ha costado? Dos pesetas.

— ¡Dos pesetas! — rugió Laurita. — ¿Negarás que eres un perdido y un despilfarrado? ¡Quitate, quitate de mi presencia, porque me entran deseos de estrangularte!...

VISITHA

FOR

JOSÉ TIBLE MACHADO